

IV

Seguía escribiendo con verdadero entusiasmo, cada nuevo artículo se me antojaba un paso más hacia la debida comprensión de mi ideología; pero me equivocaba, mis trabajos no retrataban bien las tendencias de mi espíritu, eran blandos, carentes de solidez y profundidad, coaccionados por una voluntad extraña; yo me esforzaba por creer esto, ambicionaba esa libertad, y esa situación que aseguran el libre pensamiento, la exposición natural, concisa y clara de opiniones propias. Era respetado en la redacción del periódico, el Director me recibía afabilísimo y sonriente; con frecuencia daba palmaditas sobre mi espalda, y murmuraba indirectas frases encaminadas a socavar mi pensamiento; era muy común en él: «Vamos, que se le atiende a usted, se le dan facilidades... el camino se le presenta llano y liso».

Yo le miraba con cierto desprecio, no tenía, para mí, esa máxima autoridad que parece corresponder al Director de un periódico; conservaba el cargo merced a sus buenos servicios administrativos; subordinado con exceso a los mandatos de «su Jefe», era una especie de trabucaire condottiero, escribía unos artículos en los que se reflejaba su dormida imaginación y sus elocuentes plagios, tenía trazas de pobre hombre que con la edad va perdiendo ascendiente personal, y se refugia, proveyo, entre amparadores brazos de adulados poco escrupulosos.

Se llamaba D. Pedro Agulló y López; siempre se había dedicado al periodismo, pero al periodismo de asalto, de lucha, de achulapados guarda-espaldas, de libelos frescos o de chantajes más o menos afortunados; hijo de padres de la clase media llegó a la edad de la razón y del sentido sin una carrera ni medio alguno de subsistencia; gracias al inesperado apoyo de un antiguo amigo de su padre pudo entrar en un periódico para ajustar anuncios, allí, junto con otros jóvenes fogosos y aventureros, se forjaron sus habilidades para el amaño y el *sableo con honra*; entonces tendría veinticinco años, dotado por la naturaleza de grandes fuerzas, que exteriorizaba con su presencia altiva y su gesto siempre autoritario, nada más fácil con todas *estas cualidades* que entrar en un periódico provinciano de redactor-jefe; sus primeras crónicas no tenían otro atractivo que la fuerte energía, hija de su juventud vigorosa; los disgustos políticos en la ciudad originaban profundos odios y campañas enérgicas; entonces se dio a conocer nuestro hombre como personalidad de primera línea; su bastón se posó más de una vez sobre determinadas espaldas, y fue tal el temor que infundió en los grupos contrarios, que bien pronto se vio favorecido por la dirección del periódico del que era redactor-jefe. Sin embargo, sus ambiciones eran pocas; acaso reconociendo sus únicas cualidades matonescas se resignaba a hacer dormir sus ilusiones, y se daba a lo práctico y hermoso de un vivir cómodo y regalado. Mientras que sus fuerzas le permanecieron fieles, su nombre aparecía debajo de las injurias más descarnadas, de los insultos más hirientes; nadie se atrevía a replicarle, pues todos huían de la exposición a un impune garrotazo; así, sin desmentir todas las falsas propalaciones que se hacían contra ciertos individuos, se cernía sobre ellos el odio público y se les retiraba la protección en los comicios; de aquí provenía el inmenso poder en la provincia de don Miguel Velasco. Unos veintitantos años duró la posición de Agulló en esta política audaz; y ahora, cuando la vejez algo prematura le convertía en un hético débil y plácido, dábase a la buena administración de la empresa periodística, cuidando más de los balances y los

números que del examen de originales o de la confección de punzantes crónicas; éste era el hombre que dirigía el diario donde se publicaban mis engendros espirituales; la única costumbre que aun conservaba de sus tiempos mozos *de Director completo* era la visita diaria al Jefe político para recoger las últimas impresiones, o para, bajo la orden del mismo, ofrecer determinada columna al Gobernador civil de la provincia.

Yo me iba enterando, no sin cierto asombro, de estas escabrosidades internas de la política, me formaba de ella un concepto poco elevado, poco sobrenatural: «Era una continua sarta de engaños, de trapacerías, de asaltos a la buena fe; un arte, pero un arte sin inspiración, el único, pues, asequible a los tunos, a los rábulas, a los huecos». La política, por otro lado, considerada no como un arte sino como una carrera o profesión, tiene la particularidad del desconocimiento del deber..., el patriotismo, el deber: palabras vanas.

De pronto, influenciado por bellas páginas literarias de nuestros clásicos, dime a escribir críticas (1), comentarios, bocetos artísticos en los que buscaba entrenarme para la espontaneidad y, además, cultura literaria; tres o cuatro veces a la semana aparecían en el periódico artículos cuyo asunto era generalmente las impresiones o los juicios que se me ocurrían sobre las obras leídas. Llegaron los exámenes, y casi contestando con algún sentido común —había leído muy poco los textos— aprobé los dos años que me quedaban del Bachillerato.

Capilla hizo lo mismo, con la diferencia de que sus notas fueron flamantes matrículas, como correspondía a sus profundos trabajos durante todo el curso.

Después de unos días que pasé con mi amigo Capilla en el pueblo, respirando aires puros y reparando las fuerzas agotadas los últimos meses, volví a la ciudad a sentarme en mi sillón oficinesco; pronto el tráfico de la población y el movimiento del despacho ocuparon mi imaginación con las atávicas orientaciones de antes; otra vez el teléfono y sus continuas llamadas, las contestaciones de cartas sujeto a modelos exactamente iguales, comunicaciones optimistas a los caciques del partido por donde don Miguel Velasco era diputado, etc. etc. Aquello era para matar de fastidio al más aficionado a la rutina y al isocronismo. El verano se avecinaba, el país estaba tranquilo, a lo menos no exteriorizaba quejas ni aspiraciones —las dos cortesanas más enemigas de los políticos—, todo hacía augurar un verano dedicado al descanso y una completa paralización en el Gobierno, interrumpida por algunos decretos de Fomento encaminados a favorecer la empresa o el capitalista de turno.

Don Miguel estaba satisfecho por la marcha de los acontecimientos, tenía confianza en que al reanudarse las sesiones de Cortes habría necesariamente un cambio de Gobierno; él, como he dicho antes, ante los ojos del Jefe del Partido era un ministrable, y, por lo tanto, esperaba con ansiedad la constitución de un Gabinete liberal en el que ocuparía la deseada, la soñada cartera. Algunos ratos me hablaba, con alegría pueril de niño caprichoso, de todas esas cosas, me hacía confidente de sus sentimientos: «Ya verás, Antonio, ya verás cuando sea ministro, tú también subes porque te elevas en la carrera, sí... claro, tú también estás haciendo una carrera; hablo así porque es seguro... ¿no te parece a tí? el Conde me ofrece una cartera, eso descartado...».

Yo asentía a todo, hasta creo que llegué a asegurarle que sí, que el Conde le daría una cartera. Él, ante mis afirmaciones, se ponía más alegre, como si mis palabras fueran pronunciadas por aquel Conde a quien yo conocía únicamente de nombre.

Se recibió un día un telegrama del señor Conde en el que comunicaba a su *amigo* que «en vista de que la tranquilidad política se deslizaba suave por el mar del Gobierno», aprovechaba los días para hacer con su señora una *turné* por el extranjero, principalmente Suiza, Alemania y de aquí a los Países Escandinavos. Al momento de recibirse esta noticia, don Miguel se creyó obligado a despedir a su Jefe, y, al efecto, dispuso que se preparara lo necesario para aquella noche marchar a Madrid, y de allí a San Sebastián acompañando al elevado político; luego se dirigió a mí y me expresó su deseo de que fuera con él, para poder enterarme bien de todo y volver después a hacerme cargo de la secretaría. Fui inmediatamente a mi casa a preparar un maletín de viaje, todo lo hacía obedeciendo una ineluctable presión, no me entusiasmaba ya aquel deseo infantil, que ocupó mi niñez, por ver Madrid, sino al contrario, la indiferencia más absoluta dirigía mis actos. Al entrar en casa me encontré con los estudiantes, mis amigos, que marchaban al pueblo; dos mozos de cordel les llevaban los baúles.

—¡Hola! Antonio —me dijeron— como ves, nos marchamos, este curso no tenemos más que dos suspensos, poca cosa; hasta Septiembre. ¿Y tú? ¿te marchas?

—Sí, voy a Madrid con don Miguel.

—La estás acertando, amigo Castro, la estás acertando, así es bonita la vida —decía Romero.

—Bueno. Adiós, queridos.

—Adiós, buen viaje.

Iba subiendo la escalera, no sé por qué pensaba en los dos estudiantes; se marchaban tranquilos, relativamente contentos; sí, claro, después, a los cuarenta y cinco o cincuenta años, cuando la nostalgia de la juventud adquiere proporciones irritantes, viene esa célebre frase en la que añoran los buenos ratos: «¡Aquellos tiempos de estudiante...!» Y no oyen la realidad que les grita: «¡Que no estudiabas!». Siempre serán los mediocres o las nulidades los que recuerden como agradable la vida de estudiante; lo que echan de menos son los bailes, las diversiones de primeros de mes o de principios de curso, las modistillas en las que ponían su fuerza imaginativa que era bien poca. El hombre necesariamente ha de sufrir los rigores de todas las estaciones, las malas y las buenas, a él y nada más que a él le atañe el hacerlas todas vitales y hermosas. La juventud..., la juventud cansa porque no representa generalmente más que holgorio, derroche, y no faltan espíritus que ansían la edad madura para alcanzar pleno dominio sobre todo. Decía Lamartine que la juventud es buena si no dura toda la vida. ¿Tenía razón? Seguramente la conciencia interna de cada individuo contestará afirmativamente: «Sí, tenía razón.» Y es natural, ¿por qué negar una ley inmutable? La juventud será siempre un escalón de la vida.

Terminaba la divagación y aprisionaba el timbre, me abrió José Ortas, que me abordó con las siguientes palabras: «Desapareció la alegría, querido Antonio, se marcharon los estudiantes».

—Sí, me despedí de ellos en la puerta; iban contentos, como siempre, yo no comprendo ciertas existencias.

—Estaba explicado, no llevan más que dos suspensos —dijo Ortas, recordando, sin duda, sus azarosos tiempos, en los que acostumbraba a ser más calabaceado.

—Sois todos lo mismo —le contesté malhumorado.

—Bueno, hombre, no te enfades...

Y añadió en tono burlón:

—Desde que eres escritor no se te puede hablar, lo que digo, ya tienes la neurastenia, cuidado con inflamarte...

Entré en mi habitación murmurando unas palabras en las que compendiaba todo mi asco; oí como contestación una carcajada que, entre las paredes y los pasillos, adquirió una prolongada repetición irritante.

Salía de la casa casi aturdido, sin duda alguna yo era uno de esos alocados que se contradicen a cada instante; reflexionaba, mi psicología rechazaba enérgica aquel modo de proceder; una de dos: o yo era un vulgarote que pasa por todas, o yo era un hombre con clara visión de lo que ejecuta y que obra razonadamente con arreglo a su propia ideología. Yo estaba procediendo igual que un tagarote con suerte, esto es, explotando la influencia del *Señor* para alcanzarme bonitamente un puesto en la truhanería o en el engaño, y eso no, vamos, eso no era lo que yo proclamaba; el dilema era bien claro: o de tantos uno más, o el soñado tipo de hombre: aquel que razona según propias facultades, aquel que obra según su cerebro, según sus ideas. Más de una vez estuve tentado a volverme; pero no me di cuenta de que, a la vez que iba pensando, el movimiento físico continuaba su obra hacia adelante, y, cuando con más fuerza me atacó la idea del retroceso, me hallaba ante la fachada del domicilio de don Miguel y casi tropezaba con el «auto» parado en la misma puerta.

Todo medió con inusitada rapidez, después, poco más de una hora, aguardábamos impacientes en la estación los pocos minutos que faltaban para la salida del expreso; los viajeros paseaban por los andenes, nerviosos y contraídos. Dominaba la atmósfera un espeso vaho de polvillo y negrura; las maniobras de los trenes parecían convulsiones que el gran antediluviano —la estación— ejecutara para salir de su aletargamiento. Las miradas se clavaban fijas y anhelantes en el enorme reloj; se oían voces de despedida; un estrepitoso chillido, de fiera que despierta, marcó el segundo aviso, faltaban cinco minutos; se redoblaban las conversaciones atropelladas, se recrudecía el heterogéneo murmullo; los viajeros penetraron en los coches, la potente máquina empezó a despedir espesas bocanadas de humo, una válvula dejó escapar cierta cantidad de vapor que se dirigió, vertical, hacia arriba como desafiando a la ignorancia.

Arrancó el tren, se oyeron unos vivas y unos aplausos, don Miguel saludaba desde la portezuela...; después, la noche cubría con su velo negro toda la periferia, nos envolvía con arrolladora voluptuosidad; un ligero vientecillo —hijo de la noche— corría acariciador y dulce... El tren caminaba..., caminaba, en el fondo oscuro se divisaban a corrillos unas lucecitas tenues que permanecían triunfadoras, parodiando las ignotas regiones siderales de la incompreensión y del misterio.

Nos arrellanamos cómodamente en el departamento de primera, íbamos casi solos y nos dispusimos a dormir; el tren caminaba..., caminaba... Como individuo que ha viajado poco; se apoderó de mi imaginación el pensamiento de un choque.

Despertamos en El Escorial, desde la ventanilla se divisaba claramente la pintoresca planicie, parecía pintada con colores verdinegros que hacían resaltar más los fulgores del sol naciente; al fondo, aparecía la Sierra como escoltada por los alrededores cejinegros, los altozanos donde verdeaban las frondas de los pinos y los montículos de arbustos, cubiertos y unidos en amorosa comisura.

El tren avanzaba con veloz empuje, producía balanceos y trepidaciones que obligaban a cogerse a las tirillas de las portezuelas como a salvadora ayuda en un naufragio imaginado. La vista permanecía fija y anhelante en la contemplación de las figuras escorzadas; un

dulce transporte parecía embriagar los sentidos de voluptuosos hallazgos, era la alegría de la mañana que se infiltraba confortadora y atrevida, produciendo espasmos de adormecida lujuria; al pasar una vuelta de la vía, el sol inundó el tren, aquello parecía una melodía acariciante, dotada de sutiles tentáculos amorosos; debajo, el enorme traqueteo y el ruido sordo semejava la lucha entre la velocidad y los amorfos objetos roqueños del balasto, era una prensa que desmenuzara bárbaramente destructora la grava viviente y endurecida. El sol daba a los paisajes nuevas interpretaciones, y aparecían variadas policromías que hermo세aban más y más a los quebrados campos.

Dice el Corán que todo lo que tiene que suceder sucede, y, en verdad, sujeto yo a una predicción de visitar a los Madriles, sucedió que llegué por fin a la villa y corte de las Españas; hacía casi frío, una neblina blancuzca parecía cubrir a Madrid, cual sábana protectora, símbolo de sus obscuridades o de sus insalubres atmósferas. Nos dirigimos a un hotel cuyo nombre no cito por la sencilla razón de que no me acuerdo; sólo diré que en un confortable ómnibus atravesamos la ciudad en dirección a él. La población despertaba, era la hora de los raros transeúntes; regaban las calles, que despedían efluvios lechosos de polvo húmedo; caminaban los obreros con la bolsa debajo del brazo canturreando la canción de moda; unos barrenderos cumplían con su deber de desinfectadores...; las calles, en general desiertas, parecían arcadas de figurines. Las criadas, abriendo los balcones y sacudiendo las barandas, semejaban, vistas a distancia, adornos churriguerescos... La población despertaba, despertaba...

Había pocos viajeros, la estación calurosa no llevaba a Madrid mas que gentes de negocios. La capital resultó como yo la había imaginado: Indiferencia, bullicio, movimiento; todo revoloteaba por las anchurosas vías; los transeúntes hacían el efecto de hormigueros espesos —algo exagerado, pero, querido lector, el hombre es muy pequeño—; todo estaba cubierto por la aureola bullanguera de la rapidez o del estruendo callejero. Yo quedé en el hotel. El señor Velasco fué a la una a entrevistarse con el Conde; regresó a las dos, satisfechísimo; la conferencia había resultado hartó optimista, el Conde iba al extranjero pensando ya en la próxima arribada al Poder; llevaría la voz de España, como futuro gobernante, a las potencias que pensaba visitar, donde era bien conocido por sus diplomacias secretas y sus acuerdos más secretos todavía; el actual Gobierno llevaba su política internacional en sentido opuesto a determinadas conveniencias, y de ahí su flacidez y seguramente su próxima caída. Primero me aturdieron estos enredos y estos amaños ruines para alcanzar las riendas del Poder (2), después, a los pocos meses de estar con don Miguel, les encontraba ciertos visos explicables; me ocurría lo mismo que a un individuo que pierde la sensibilidad y a quien no causan impresión algunas cosas que a otros les diera un ataque de nervios. Algunas veces pensaba en esta situación mía, y resolvía separarme de don Miguel en la primera ocasión; pero bastaba una orden de éste para que abandonara mis ideas rebeldes; sin embargo, yo notaba en mi un malestar inexplicable que nacía de mi carencia de idealidad adecuada a aquellos asuntos; parecía como si unos hierros aprisionaran mi cerebro, exprimiendo las ideas, machacándolas con dureza, y al cuerpo, siempre servil, lo dejaba hacer. Examinaba mi obra en los últimos meses: unos cuantos artículos de lucha, otros cuantos literarios —los únicos que después habían merecido mi aprobación— y un gran número de horas sentado ante una mesa completamente cubierta de papeles. No, no era esa la vida que yo había concebido, que mi psicología me señalaba, ¿qué extraña fuerza me sujetaba, autoritaria, a ese absurdo vivir? No lo sabía, como no

lograba saberlo penetraba en el desconcierto más inaccesible. Aquella misma noche regresaríamos; no gusté de Madrid más que unos paseos en «auto» por los principales bulevares: La Castellana, Retiro, Rosales, etc., guardo también impresionables recuerdos de un té que se celebró en honor de don Miguel en casa de un amigo y correligionario, y al que fui invitado; para mí todo se desvanecía envolvente, resguardando los más sensibles extremos como débiles refulgencias de un vivir paria, de una existencia casi dormida; la vida proceresca se me antojaba repulsiva, llena de hastío, engañando sus intermitencias aburridas con falsos esparcimientos, falaces reuniones de sociedad, etcétera, etc.; odiaba, en resumen, ese fastuoso traqueteo, que muy seguramente no resisten mas que los espíritus ya de antemano adecuados a esas costumbres. Los *chaqués* rígidos, la etiqueta empalagosa, las conversaciones tontas, el hastío soberano son los más salientes detalles de un té aristocrático; en éste había siquiera el tema de la política, y por esta causa no resultó del todo aburrido. ¡Se chillaba y se discutía tanto! Yo miraba todo con un desdén ilimitado, más de una vez aludieron, sin duda, a mis inexperiencias sociales. Oí que don Miguel decía a unos señores:

—Es un chico listísimo del que espero hacer un gran político, como lo oyen ustedes, no tiene de censurable más que un cerebro algo revuelto..., la edad...

Los oyentes me miraban, yo permanecía callado, sentado sobre un butacón en actitud pensadora, seguramente algo idiota. Una sonrisa dibujaron los labios de aquellos señores y un gesto pintó sus caras como diciendo: «Será verdad, pero no lo exterioriza, tiene toda la facha... aunque sí, esa mirada no me tranquiliza, parece un...»

Se hizo imperceptible la conversación, me tenía todo sin cuidado y menos las críticas de aquellos políticos, con el pie en el ascensor como suele decirse; eran la camarilla y también los progenitores de los mareos del Jefe del partido; constituían la larga fila de ex Subsecretarios, ex Directores generales, ex Gobernadores de provincias peligrosas..., los que sueñan con el *cartapacio*, los pedigüeños, los que ambicionan amartillar unos cuantos distritos para ellos amartillar igualmente los cargos..., esto es, la cizaña de la política, los que desfilan por los ministerios de Gracia y Justicia e Instrucción pública, los grandes caciques sin talento...

Ya comenzaba a tener deseos de conocer al personaje, al casi *ídolo* de los liberales, y el mero hecho de viajar unas horas en su mismo departamento exacerbaba, más aún, mi impaciencia; durante la tarde, don Miguel me puso al corriente de todo lo que tenía que hacer cuando llegara a la ciudad; me confiaba la dirección de la Secretaría, subordinado, claro está, a un respetable correligionario que haría sus veces en el despacho; me ordenó mesura en los trabajos periodísticos. Yo le oía, unas veces distraído y otras con atención, me dí por bien enterado y regresamos al hotel.

Cuando partimos para la estación era ya de noche; el Madrid alumbrado parecía un conjunto de zafiros refulgentes, era una rebeldía contra la noche, una protesta contra la obscuridad, el símbolo del poder humano revolviéndose contra la Naturaleza toda. El tránsito por las vías centrales se hacía imposible, las olas humanas se sucedían sin interrupción, como salidas a montones de las fauces de un monstruo inagotable; el automóvil tenía que parar a cada momento, las calles resultaban sumamente estrechas; los carruajes en opuestas direcciones se interceptaban el paso; la atmósfera era pesada; se fundían: el calor sofocante de Julio, la humareda de los autos y el polvillo del asfalto, resultando un espeso aire irrespirable que secaba la nariz y la boca, cual inquebrantable

fuego molesto e inofensivo. Don Miguel daba muestras de impaciencia, quería llegar a la estación antes que el Conde, y si la tierra no se tragaba todo aquel inmenso tráfago tardaría doble tiempo que el preciso; le atacaba esa especie de nerviosismo que generalmente se apodera de los individuos con prisa, cuando, yendo en un vehículo de veloz carrera, se ven obligados a resistir una velocidad pandiana; la mano, entonces, se crispa sobre las portezuelas y la vista traza líneas rectísimas que parecen desafiar a la invencible fuerza; estos síntomas se dibujaban a cada momento en las facciones del señor Velasco, que lanzó un resoplido de alegría cuando el motor, tras un ronco traqueteo, dio más impulso a sus presiones y aumentó la velocidad; era un ancho bulevar en cuyo fondo ya se divisaba la mancha oscura de lo ignoto en la noche, de lo que, permaneciendo fiel a la Naturaleza, mostraba su profunda negrura en medio del difuso hialino del cielo estrellado; yo respiré satisfecho, no por el más rápido caminar, sino porque la molesta infiltración de esencia heteróclita que parecía haber marchitado mis fuerzas morales desde la llegada a Madrid, aquella misma mañana, iba desapareciendo, volvía a encontrarme fuerte, dispuesto a un rudo batallar con la herrumbre de la vida.

Los andenes estaban cubiertos por masas encopadas; habían acudido ex ministros, diplomáticos, periodistas...; la efervescencia en la conversación era muy animada, del movimiento político o del plan veraniego; los saludos se sucedían sin interrupción; yo estaba como perdido en la balumba mundana, sus risillas o sus afectaciones parlangueras ponían en mi cerebro un tilde de vergüenza; por milésima vez volví a repetir: «No es éste mi campo, no es éste.» Se produjo de pronto un cambio de miradas en todos los circunstantes; servilmente unos, por instintos gregarios otros, dieron un viva e hicieron que unos aplausos secos retumbaran en el amplio dosel metálico de la estación; terminaba de hacer su aparición en el andén el prohombre liberal, seguido de sus familiares e íntimos; todos se disputaban, cual cuadrilla de mendigos, el lugar preferente; éste porque deseaba hacerle unas manifestaciones, aquél porque en nombre de una gran compañía tenía que notificarle un extremo urgente, el otro, afanándose por conseguir unas declaraciones para su periódico...; el Conde miraba a todos sonriente, orgulloso de sí mismo y de su obra, una obra compacta, tan compacta como sus millones, que eran muchos..., muchos, ¡oh España!

Don Miguel Velasco se acercó a él y pude ver la realidad de los afectuosos lazos; yo me dije: «Sí, claro, será ministro.» Los personajes subieron al «sleeping». Yo también penetré en aquel foco de comodidades, el Conde quedó aún en la entrada conversando con los más cercanos; sonó un estridente silbido y partió el expreso; desde el interior oí una ovación estruendosa...; pero salimos de aquel alumbrado artificial y vino la noche, nos rodeaba la noche que nunca miente, que se debe su aparición a un fenómeno sideral muy bien explicado...; a dos pasos de mí se encontraba el Conde, pero en aquel departamento de lujo parecía reinar también un ambiente democratizado, porque la misma obscuridad nos envolvía a todos; detrás venían unos coches de tercera que rodaban gracias a la misma fuerza que nuestro «sleeping»; la catástrofe ferroviaria —si sucedía— no respetaría abolengos ni rancias aristocracias; he aquí por qué hasta los más fastuosos próceres se sienten igualitarios durante las horas de sus viajes por tren; es el peligro común uniendo todos los anhelos, que por un momento olvidan las demás actividades y casi se aman, se aprecian...

Don Miguel hizo mi presentación, el Conde pareció mirarme con curiosidad, yo sonreí; su esposa sonrió también a mi saludo; era ésta una dama que, pese a las complicidades del

tocador y a las argucias retrógradas, caminaba ya visiblemente a la consunción de la belleza física; se notaba, sin embargo, en sus ojillos negros y en sus mejillas lacias, que había poseído una singular hechicería; lo demostraban también su boca grande, sin exceso, y una barba bien formada que aun parecía querer cantar las glorias de la admiración; resultaba simpática, aunque algo pesada, con ese habla restrallante que suele apoderarse de las damas aristocráticas al penetrar en la senectud. A poco, un empleado avisó la primera cena. En la sobremesa se habló de política; yo oía con atención, sobre todo cuando hablaba el Conde; era la primera vez que tan descaradamente presenciaba ese hablar íntimo de políticos de talla; debí exteriorizar algo mis impresiones cuanto que el Conde me miró, y después a don Miguel como interrogando: «¿Pero este joven es de confianza?»

Yo le miraba de reojo, ¡qué viveza en los párpados! sus gestos significaban más que todo un discurso hablado; tenía delante al tipo de político sagaz, de los que consideran un agravio a su pundonor de gobernante el dejarse engañar, como un chino, por alguno de sus contrarios o colaboradores en el engaño.

Yo debía apearme en una estación próxima; don Miguel —como ya he dicho— seguía hasta San Sebastián con el Conde; preparé mi maletín de viaje..., el tren paróse exhalando como un crujido. Los Condes dormían; me despedí del señor Velasco, me dio las últimas instrucciones, asentí; me apeé para tomar el enlace que me transportaría a la amada ciudad donde se desarrollaban mis actividades.

Una ola de manifiesta rebeldía chocaba en mi cerebro produciéndome razonamientos exaltados; pasó por mí, cual ráfaga retardora, la imagen de una estudiada traición, tomaba cuerpo y se ensanchaba cada vez más, hasta llegué a pensar el medio de efectuarla; a lo que sí estaba dispuesto era a no seguir más tiempo en aquel ambiente que no era el mío, en aquellas idealidades que torcían falsamente mi etopeya con derivaciones muy distantes de mi concepción individual. Además, yo, sin duda alguna, no era político, me lo insinuaba a veces el Sr. Velasco: «Tienes que desechar de tu imaginación todo lo que no sea positivismo y truhanería, si no sucumbirás entre las garras de la vida; está ya suficientemente demostrado que este mundo no es asequible a los buenos, a los románticos en sus diversos aspectos y a las demás elucubraciones especiales; es la vida la que marca al individuo el camino que debe seguir, nadie puede rebelarse contra este poder exclusivo de la vida; por lo tanto, el que se proponga abrirse paso a través de la realidad de los hechos tiene que morir, tienen forzosamente que avasallarlos las flechas de la Divinidad herida, ¿no comprendes? Sí, hay que reconocer que el mundo es malo, es injusto, pero está creado para eso, para que el alma sufra en él, y también para triunfar, para ensancharse el cuerpo, para gozar cada uno con arreglo a sus gustos o sus aficiones; desengáñate y no te deslumbres por algunos rayos de comprensión que lleguen a tí, todos los hemos visto o los vemos, pero procuramos apartarlos, sustrayendo sus influencias alteradoras». Esto me había dicho don Miguel una tarde yendo de paseo, y muchos ratos pensé sobre sus palabras, a las que yo quería dar alguna relación con mis pensamientos y mis ideas.

Eran estas manifestaciones una inagotable fuente de pesimismo que zaherían agudamente a las aspiraciones juveniles, cuya principal jactancia es el alarde de libertad pensadora o el pleno dominio, por medio de las sublimes facultades, sobre el ambiente corrompido o la pátina creada por la dejadez, la costumbre o la tradición; porque examinemos debidamente estos alcances: la vida, considerada en su más abstracta acepción, es el rumbo, el poder, la influencia, la sugestión que un conjunto numeroso de

cerebros tiene sobre la idealidad propiamente individual de un ente; es, mirada desde este punto de vista, una traba a los progresos de íntima relación con las aportaciones aisladas de cada persona; hay que considerar, entonces, al hombre como un esclavo de las fuerzas y las actividades acumuladas durante siglos y siglos; no puede pensar con independencia, no puede obtener de su intelecto fórmulas que pongan en práctica a las insinuaciones de su asombrosa imaginación. Cada hombre-pensador que deja transcurrir su tiempo, sin que logre inculcar sus teorías en los semejantes, resulta doblemente perjudicial para las futuras generaciones, puesto que su esfuerzo se añadirá a los anteriores, también embrionarios, y constituirán esa obra siempre actual, que tiene por nombre genérico «fuerza de la vida» y por otro concreto «el progreso» (3); sí, el progreso es la amalgama de las heterogéneas civilizaciones habidas desde los tiempos prehistóricos hasta los contemporáneos, un enorme infolio donde se encuentran todos los síntomas de las diversas lucubraciones humanas. Así, estamos esclavizados al pasado, y nuestros procederes se ajustan más a sus presiones que a nuestro propio sentir. Por lo mismo el acendrado positivista se aferra al cuerpo de la historia, donde se encuentran ejemplos parecidos a sus disparidades con las razonadoras impresiones de los espíritus, que, declarándose rebeldes, no se adaptan al sistema tradicional. Dígase lo que se diga, combatir ese positivismo, esa tendencia realista hacia la vida animal, es la suprema aspiración del Arte; sí, para el hombre vulgar el artista es un revolucionario; ¿no se me entiende? Acosado por multitud de pensamientos análogos mi espíritu se ensanchaba de poderío, mi alma sonreía, quizá satisfecha, y mi cuerpo, recostado sobre el asiento, esperaba con ansiedad la terminación del viaje.

Era ya día claro, las diversas estaciones se sucedían con pequeños intervalos, el tren parecía cabecear cual monstruo descontento; la yerma llanura castellana agobiaba con sus tierras lechosas y sus caricias al sensible horizonte; caseríos, cauces secos de pequeñas corrientes, rojizas franjas de vallados, roqueños oasis, eran las más salientes notas de los paisajes; todo, ante los rayos del sol que les daba un semblante rútilo, parecía adormecer en consunción lenta, algunas veces provocadora, pero siempre mortífera y decadente... En las pequeñas estaciones y apeaderos próximos a la ciudad aumentaban los viajeros, que abarrotaban los coches de tercera...; el convoy parecía caminar con más lentitud... Sin embargo, seguía vomitando furias con su *phfa, phfa* continuo y con los crujidos intestinales que producían los herrajes y los topes...

El tren paróse en la estación de término; al descender daba la impresión de ocupar otro planeta, los oídos parecían descansar...

Yo me interné en el andén con dirección a la salida...

Notas

- (1) Todas las críticas deben respetarse, son impulsiones de un sentir individual e íntimo.
- (2) Esto si no se las entregaban unos a otros buenamente.
- (3) El progreso mecánico, hueco de idealidades; esto es, que las ideas fracasadas se mecanizan.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_013